

Domingo 20 junio 2010
El Evangelio de Hoy

Lc 9,18-24
El Cristo de Dios

El Evangelio de hoy nos transmite una doble pregunta que Jesús hizo a sus discípulos sobre su identidad. Este episodio puede leerse desvinculado de toda circunstancia de tiempo y de lugar. No tiene relación con el episodio anterior, que es el de la multiplicación de los panes, y podría intercalarse en cualquier otro lugar del Evangelio de Lucas. El evangelista lo introduce simplemente diciendo: «Y sucedió que mientras él estaba orando a solas...».

Podría pensarse que se va a tratar sobre la oración de Jesús, que es un tema preferido de Lucas. Pero el evangelista agrega: «Se hallaban con él los discípulos». Entonces Jesús les hace la primera pregunta: «¿Quién dice la gente que soy yo?». La gente tenía diversas opiniones sobre Jesús: «Unos dicen, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que un profeta de los antiguos había resucitado». Todas esas opiniones tienen en común que consideran a Jesús un profeta, es decir, uno de esos hombres por medio de los cuales habló Dios a su pueblo. Es lo que nosotros decimos en el Credo cuando profesamos nuestra fe en el Espíritu Santo: «Habló por boca de los profetas». Esto era claro en Jesús para todos. Cuando los discípulos de Emaús definen a Jesús dicen: «Fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo» (Lc 24,19). Todos tenían claro que Jesús era un hombre de Dios.

Entre todas esas opiniones hay algunos que precisan más y dan nombres: Juan el Bautista y Elías. ¿Qué tienen estos dos personajes que hace a Jesús especialmente comparable con ellos? Ellos se destacan entre todos los personajes de la Biblia en que conducen una vida célibe; no hay en ellos ningún rasgo de vida conyugal. Esto era muy claro también en Jesús. Estaban completamente consagrados a la misión para la cual Dios los llamó. Este don del celibato, que Dios concede a quien quiere, es particularmente apropiado hoy para quienes Dios llama a compartir el sacerdocio de Cristo, pues es muy conveniente que el sacerdote se consagre enteramente a su misión, que consiste en actuar «in persona Christi», es decir, como otro Cristo. Por eso la Iglesia Católica occidental, de la cual es parte la Iglesia en Chile, establece como requisito para la ordenación sacerdotal que el candidato goce del don divino del celibato. El celibato sacerdotal ha sido un tesoro muypreciado en la Iglesia. Tiene su fuente de inspiración en Jesucristo, célibe y sacerdote.

Jesús no rechaza las opiniones de la gente, porque ellas tienen parte de verdad, como se ha dicho. Pero pregunta ahora a los Doce: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?». No espera doce respuestas. En la respuesta a esta pregunta fundamental Jesús espera «que todos sean uno» (Jn 17,11.21.23), es decir, una sola respuesta. Por eso, representándolos a todos, responde Pedro: «El Cristo de Dios». («Cristo» es la palabra griega para decir «Ungido»).

En esta respuesta Pedro está atribuyendo a Jesús el Salmo 2, que trata precisamente del «Ungido de Dios». El salmista observa que los poderosos de la tierra se alzan contra Dios, pero no sólo contra Él, sino también contra su Ungido: «Se yerguen los reyes de la tierra, los caudillos conspiran aliados contra el Señor (literal: Yahveh) y contra su Ungido» (Sal 2,2). Se alzan contra Dios y contra su Ungido diciendo: «¡Rompamos sus ataduras, sacudamonos su yugo!» (Sal 2,3). Son los que no aceptan de parte de Dios y de su Ungido ninguna norma de conducta; son los que pretenden conocer por sí mismos y ante sí mismos el bien y al mal. El mismo Jesús se refiere también a ese Salmo y nos exhorta: «Tomen sobre ustedes mi yugo... porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,29.30). Sobre ese Ungido sigue diciendo Dios: «Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7). Se trata del «hoy» de Dios que no tiene principio. Por eso esta respuesta de Pedro que nos trasmite Lucas es la misma que nos transmite Mateo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16). Esto es lo que creemos nosotros, esto es lo que nosotros, fundados sobre la roca que es Pedro, confesamos.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles